

Inútil es preguntar quien se distinguió más en aquel honorífico torneo. Allí estábamos todos, lo mismo el pueblo hispano, que el franco y el romano, así el continental como el insular. Hijos por igual del Crucificado, por igual defendieron el sepulcro de su padre, y para que nadie pudiera vanagloriarse de mayor bravura, los niños, en ejército compacto y valeroso, dieron lecciones de heroísmo á los hombres y monjes formando junto á los príncipes, y éstos al lado de los labriegos formaron aquella gloriosa epopeya en que la Europa, cruzado su pecho, aparece como la hija fiel del Crucificado en aquel cuadro inmortal de Tasso, «La Jerusalén libertada que constituyen la edad de oro de la literatura de aquel período de heroísmo de la Tierra Santa».

Estos son los más señalados períodos de la Tierra Santa desde Jesús hasta nuestros días.

¿Se habrá extinguido por desgracia la piedad de la Europa peregrina?

¿Habrá muerto por desventura el espíritu heroico de la Europa cruzada?

Dios quiera que no, y la narración hermosa que sigue á estas líneas, haga renacer en el alma del piadoso lector el espíritu de amor hacia aquella patria, objeto glorioso de tan gloriosas épocas.

S. P. y P.



DISCURSO PRELIMINAR

LOS HEBREOS

«La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida sólo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guía, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan grande creación? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiración, sobre esterilizar hasta la virtud más fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldría á suprimir todo principio de moralidad y justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo; sería hacer de la sociedad una máquina movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexión. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignación los crímenes del malvado; mejor dicho, no habría ni criminales ni inocentes; unos y otros habrían sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrían tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos más dignidad al hombre, y más altos fines al gran pensamiento de la creación. Por fortuna hay otro principio más alto, más noble, más consolador, á que recurrir para explicar la marcha general de las sociedades: la Providencia, que algunos, no pudiendo comprenderla, han confundido con el fatalismo. Aun suponiendo que los libros santos no nos hubiesen revelado esa providencia que guía el universo en su majestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinar, enseñándonos á reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hacia el fin á que ha sido destinado por el que le dió el primer impulso y le

conduce en su carrera. Dado que el orden providencial fuera tan inexplicable como el fatalismo, la preferiríamos, siquiera fuese solamente por los consuelos que derrama en el corazón del hombre la santidad de sus fines. El que trazó sus órbitas á los planetas, no podía haber dejado á la humanidad entregada á su impulso ciego». Así construye, por decirlo así, el frontispicio de su colosal obra un historiador insigne. Y si el dedo de Dios, si la mano de su providencia se descubre en las vicisitudes de los pueblos todos, no cabe duda que ella resalta en los pasos de aquel pueblo llamado especialmente suyo. Veámoslo.

I

Hay un libro, que como inspirado no es tan leído como lo debería serlo y que fué, en tiempos pasados estrella del Oriente, á donde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas y en el cual se ha aprendido el secreto de levantar los corazones y arrebatarse las almas de manera sobrehumana. Este libro es la Biblia, el libro por excelencia. Libro prodigioso, en que el género humano comenzó á leer más de treinta y tres siglos há, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso, en que se calcula todo antes de haberse inventado las ciencias del cálculo; en que sin estudios lingüísticos se da noticia del origen de las lenguas, en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo; en que sin estudios astronómicos se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia. Libro prodigioso, que lo ve todo y que lo sabe todo: que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismo como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él sólo con Dios porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas. A las fuentes inextinguibles de ese extendido campo hay que acudir para sacar noticias exactas acerca los acontecimientos más célebres de los habitantes de Palestina y descubrir sus leyes, usos y costumbres. Moisés, su compatriota y legislador, es

quien describe con exactitud y minuciosidad los principios de este pueblo y su historia, y á este historiador sagrado y á los libros de Esdras, Nehemías, de los Macabeos y á lo que escribió Flabio Josefo, acuden los historiadores.

Aun prescindiendo de la fe, merece una atención particular del historiador este pueblo sorprendente, que á la misión religiosa reúne la misión política de conservar lo pasado, y de preparar lo venidero en la mayor parte del mundo, con las creencias nacidas de su seno; á un pueblo que enlaza con una serie no interrumpida la antigüedad más remota al porvenir más distante. Sus anales, depósito de las tradiciones del género humano, son anteriores por lo menos á la división de los hebreos en dos familias conservados en su integridad por una nación dotada del privilegio de revivir su memoria en todas las generaciones, adoptados como una regla de fe por los países más cultos, comentados y discutidos de mil maneras en todos los tiempos. Sin embargo, la crítica más hostil no ha podido menos de conocer en ellas una sencillez que excluye la idea de que pueden ser obra de la impostura, y tanto saber que no hay medio de atribuirlos á un iluso.

Con arreglo á ellos se han observado los primeros pasos del género humano hasta el instante en que se dispersó sobre la superficie de la tierra. Moisés señala hasta los troncos de los diferentes pueblos y el lugar de su establecimiento; pero como no destinase su libro á satisfacer la curiosidad, y se propusiese la religión y la nacionalidad por único objeto, hubo de limitarse á determinar claramente la derivación de su pueblo y la de algunas tribus de los fenicios enemigos ó de los árabes aliados. Tomar, pues, el génesis, como único fundamento etnográfico, no fuera razonable.

Entre los pueblos extraviados fuera del camino de la verdad, quiso Dios elegir uno para guiarle con especial providencia, y hacerlo depositario de las tradiciones y de las promesas: este pueblo fué el hebreo, y puso á Abraham á su cabeza. Abraham, seguido de una tribu populosa y de innumerables rebaños, á estilo de los beduinos de nuestros días, pasó el Eufrates encaminándose á la tierra de Canaán. Dios le predijo que sería padre de una gran nación y que en él serían bendecidos todos los pueblos de la tierra. Por la promesa de que debía nacer de aquella nación el Redentor del género humano, se juntó el lazo de un común origen al de una común esperanza, y se desenvolvió en religión de la ley, la religión llamada natural. Opulento en plata y oro, distinguió Abraham á su tribu de las demás por la Circuncisión; abrió pozos; le honraron los demás caciques; y habiéndose llevado esclavo á su so-

brino Lot el rey Chodorlaomor, armó trescientos dieciocho de sus siervos, deshizo al enemigo y libertó á su deudo. Acogia hospitalariamente á los que se presentaban bajo su tienda, les ofrecía agua para lavar sus pies, y corría á escoger en la vacada el becerro mejor y más tierno, mientras su mujer Sara amasaba tres sacos de flor de harina y hacía cocer panes bajo del rescoldo. No pudiendo Sara engendrarle sucesores, le entregó la joven esclava Agar, á quien Abraham hizo madre de Ismael. Ensoberbecióse de tal modo la sierva, que Abraham la despidió al desierto, dándole un pedazo de pan y un odre de agua. Ismael vino á ser el padre de los árabes, que aun presumen—dice un historiador—tener derecho al robo, porque su progenitor fué desheredado. Entretanto Sara dió á luz á Isaac, y así que éste fué hombre, envió Abraham á buscarle mujer entre su parentela. Su siervo Eliezer, después de prestar juramento, poniendo la mano debajo del muslo de su amo, se encaminó á Mesopotamia con diez camellos y grandes dones. Descansando fuera de la ciudad de Nacor, vió salir á una doncella de muy buen parecer que iba á llenar su cántaro de agua. A petición de Eliezer, le dió de beber, como también á sus camellos, y la convidó á que se hospedase en su casa. Eliezer aceptó la oferta y le regaló zarcillos de oro que pesaban dos siclos y brazaletes del peso de diez. Admitido á la hospitalidad, obtuvo el beneplácito de la familia al matrimonio propuesto, y llevó á Isaac á Rebeca, á quien decían sus hermanos: «Crezcas en millares de millares y su posteridad posea las puertas de sus enemigos». Rebeca engendró á Esaú y á Jacob, cazador el primero y agricultor el segundo, morando bajo tiendas. Este último que era el más joven, sorprendió el derecho de primogenitura y la bendición paterna, lo cual dió lugar á prolijas enemistades. Jacob se refugió en Mesopotamia y en casa de Labán, hermano de Rebeca, y á costa de diez años de servicio obtuvo á Lía por esposa, y después á la hermosa Raquel á costa de otros diez años. Bajo la condición de tener parte en los rebaños, permaneció todavía en aquella comarca. Cansado al fin de ser vasallo de otros, tomó la vuelta del país de sus padres, donde, después de alzar sus tiendas, erigió en Betel un altar al Dios único, y consecuencia de su sobrenombre llamó israelitas á los descendientes de sus doce hijos. (Al volver Jacob á la tierra de Canaán, se le apareció el Señor, le bendijo y le mudó el nombre en el de Israel, que quiere decir: «hombre que ve á Dios»).

Suscitó discordia entre su familia la predilección con que miraba á José uno de ellos. Los hermanos de éste, que apacentaban sus rebaños, vieron una caravana de madianitas que venía de tierra de Galaad y se dirigía á Egipto, llevando en sus camellos resina, perfumes y mirra

destilada. José fué vendido por sus hermanos á aquellos madianistas y conducido á Egipto, donde la habilidad de su nación y la que él particularmente tenía le conquistaron valimiento cerca de Putifar, eunuco de Faraón, y después cerca de Faraón mismo, que lo nombró su virrey para que remediase una carestía que le había vaticinado. Con este fin sacó el anillo de su dedo y se lo entregó al hebreo, á quien vistió con una ropa de lino da extremada finura, le puso al cuello un collar de oro, y mandándole subir á una carroza hizo que gritase un pregonero «que todos delante de él doblasen la rodilla, y supieren que le había nombrado gobernador de toda la tierra de Egipto». José realizó una de las más importantes revoluciones, porque aprovechándose de la ocasión de una carestía, reunió en manos de Faraón el dominio de todas las tierras, y transformó á los propietarios libres en simples arrendatarios. Olvidando José la injuria recibida, trajo á Egipto á las tribus de sus hermanos, que derramándose por la tierra de Gessen, y continuando su vida de pastores, se multiplicaron prodigiosamente. Muerto José, y no acordándose los egipcios de los beneficios de que le eran deudores, miraron con envidia á los extranjeros. Contrastaba con los hábitos del país la sencillez de las costumbres patriarcales; el menosprecio que manifestaban hacia otro Dios que no fuese el suyo hería las egipcias supersticiones; les hacía sombra ver como se multiplicaban hasta el punto de poder sobreponerse un día á los naturales; en suma: era asunto de desagradado aquella población errante entre ciudades civilizadas. Aprovechándose los hebreos de que se les miraba de mal ojo, hubieran llevado de buen grado sus caravanas fuera de Egipto; pero Faraón no quería consentir en ello, atendido que la satisfacían el quinto del tributo que el país pagaba. Propendía, pues, á obligarles á que se establecieran en moradas fijas y habitaran en las ciudades; pero como esto repugnase á la ídole de ellos, les imponía enormes trabajos á fin de oprimirlos y de reducir su número, y llegó hasta mandar á las mujeres que asistían á los partos que matasen á todos los que nacieran varones. Temiendo éstas más á Dios que al rey, le desobedecieron, y Dios las bendijo. (Es ley que la opresión se acercaba á su fin, cuando raya en el exceso). Moisés, á quien reservaba Dios la más insigne gloria, la de libertador y legislador de su pueblo, fué abandonado en su más tierna niñez sobre las aguas del Nilo, y le recogió la hija del Rey, que había bajado al río para bañarse, educándole después en medio de la corte y en toda la ciencia egipciaca. A pesar del fausto y de las seducciones del saber, nunca olvidó su origen; y cuando el mérito señalado le atrajo odios en la corte, se libró de la malevolencia del rey y del indecoroso servilismo

hacia el opresor de sus compatriotas, retirándose al lado de sus hermanos. Gemían éstos bajo el mal gobierno que sobre ellos practicaban los egipcios, y se prestó á ser el terror de los potentados y la égida de los débiles. Casado después con la hija de Jetró, sacerdote del país de los madianitas, y convertido en pastor, llevó los innumerables rebaños y sus meditaciones á los valles del Siná y del Oreb á las riberas del mar Rojo; y fortaleciéndose en medio de la soledad, que es la escuela de los fuertes, formó el propósito no sólo de dar la libertad á sus hermanos, sino también de constituirlos en un pueblo señalado entre las naciones.

Vencida la lucha que consigo mismo debe sostener el que arrostra la pujanza enemiga y la indiferencia patria, volvió á Egipto solo y sin fuerza material; pero resuelto á formar una nación que no existía. Congregó á los ancianos de Israel, expúsoles sus padecimientos desde muchísimo tiempo, los nuevos peligros que les amenazaban y la esperanza que tenían. La servidumbre había enervado los ánimos, y el ejemplo infiltrado algunas supersticiones. De ahí que Moisés, para conformarse con la mente ofuscada y con los corazones materialistas, habló de una tierra venturosa á donde le guiaría el Dios justo y fuerte de sus padres, que los había elegido. Y el pueblo le creyó; halló en sus tradiciones una Edad más dichosa que la presente, un estado más digno; y lo anheló con aquel ahinco que trueca los deseos en voluntad. La eficacia de la palabra, el ascendiente de un espíritu superior y la oportunidad de los prodigios, adoptó Moisés para inducir al faraón de entonces á que dejase salir libres á los hebreos. Dios multiplicó los prodigios para favorecer al pueblo elegido y confundir al faraón, que á pesar de sus reiteradas promesas, no consentía la salida de los israelitas; antes bien, los mantenía dispersos por sus dominios. Finalmente Moisés convocó de nuevo á los ancianos de Israel, les recordó el único Dios bajo el cual formaban una sola nación, y que prometía libertarlos con brazo fuerte y hacerlos su pueblo, y les exhortó á salir pronto de Egipto y del pueblo bárbaro, llevándose no sólo todos sus propios ganados y haberes, sino cuanto pudiesen obtener de los egipcios. Así fué como abandonaron aquella tierra ingrata en que estaban desde 430 años, á pesar de la diversidad de culto y de costumbres; y al principio, para ocultar la marcha ó no encontrar las fortalezas que se habían alzado contra los cananeos, siguieron las márgenes del Eritreo, y luego acamparon en Fihirot.

Arrepintiéndose el faraón de aquellos tiempos de haber permitido la salida de los israelitas, mandó uncir sus carros y tomar las armas á la

casta de los guerreros, y le persiguió iracundo. Pero habiendo llegado Israel al mar Rojo, lo pasó á pie enjuto; y Faraón, que había osado seguir sus huellas en aquel milagroso paso, vió sumergida á toda su gente. En aquel momento cantaba Moisés, en pie y á la opuesta orilla: «Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero».—«Mi fortaleza y alabanza es el Señor, y para mí ha sido salud; este es mi Dios y le glorificaré; el Dios de mi alma y le ensaltaré».—«El Señor se ha mostrado como varón guerrero; omnipotente es su nombre».—«Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar; los príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar Rojo».—«Los abismos los cubrieron; descendieron al profundo como una piedra».—«Tu diestra, Señor, ha sido engrandecida en fortaleza; tu diestra ¡oh Señor! hirió al enemigo».—«Y con la multitud de su gloria has derribado á sus adversarios; enviaste tu ira, que se los tragó como una paja».—«Y con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paróse la ola corriente, amontonáronse los abismos en medio del mar».—«Dijo al enemigo: *les perseguiré y alcanzaré, repartiré sus despojos, se hartará mi alma; desentainaré mi espada y los matará mi mano.*»—«Sopló tu espíritu y cubriólos la mar; fueron sumergidos como plomo en aguas impetuosas».—«¿Quién semejante á tí entre los fuertes, Señor? ¿Quién semejante á tí, magnífico en santidad, terrible y loable, hacedor de maravillas?».—«Extendiste tu mano y se los tragó la tierra; con tu misericordia fuiste el caudillo del pueblo que redimiste, y le llevaste con tu fortaleza á la Santa morada».—«Subieron los pueblos y airáronse; dolores ocuparon á los moradores de Palestina; fueron conturbados los príncipes de Edón; temblor se apoderó de los valientes de Moab; todos los habitantes de Canaán quedaron yertos».—«Caiga de recio sobre ellos miedo y pavor por la grandeza de tu brazo; queden inmóviles como piedra, hasta que pase tu pueblo, Señor, este pueblo que hiciste tuyo».—«Los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad; morada tuya que has labrado, Señor; en tu santuario, Señor, que afirmaron tus manos».—«El Señor reinará eternamente y más allá de todos los siglos, porque Faraón entró en el mar con sus carros y gente de á caballo, y el Señor revolvió sobre ellos las aguas del mar; más los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de las aguas». Así cantaba Moisés, y después innumerable pueblo repetía á coro: «Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero».—Con tan sublime poesía, la más antigua y hermosa, tomaba vuelo Israel apenas rescatado: tan alta idea de la Divinidad, era presentada á una nación salida poco antes de